

Introducción

Una frase me inquietó en mi adolescencia, leyendo un libro de André Gide. La belleza del mal sería “como el frasco de perfume que la Magdalena *no* hubiera derramado”¹.

Durante más de medio siglo el asunto me ha vuelto a la cabeza muchas veces. Hace veinte años empecé a escribir algo, que luego abandoné, sobre los escritores “malditos” (sobre todo poetas) en los que parecía que se aunaban las dos cosas, la belleza y el mal. Obras como *Las flores del mal*, de Charles Baudelaire. Después me di cuenta de que el alma de Baudelaire era mucho más compleja: la atracción por el mal estaba al lado de un ansia irrefrenable de bien. El asunto no me pareció factible y lo dejé.

Ahora, finalmente, me decido a tratarlo porque las preguntas están ahí y en dos niveles. Uno es metafísico: “¿Puede haber belleza en el mal?”. Otro, estético: “¿Puede haber belleza en la representación del mal?”. En los dos casos hay algo básico de experiencia, que no puede ser negado: la presencia del mal en las conductas individuales y, por tanto, en las relaciones personales. Y en innumerables representaciones artísticas.

Si el mal fuera siempre feo, fétido y frío no atraería. Hay una relación compleja entre la belleza y el mal, algo misterioso, según algunos duro de admitir, pero presente.

Es un tema que ha sido tratado solo recientemente en la historia, pero casi siempre sin matiz, exagerando la presencia de lo malo, como si la belleza estuviera siempre contaminada por la perversidad. Es hora, quizá, de verlo desde otros ángulos.

1 Más tarde se tratará de esto en su contexto. Oscar Wilde, en la carta *De profundis* (1897) había escrito: “Aquellos a quienes salvó de sus pecados se salvan simplemente por momentos bellos de sus vidas. María Magdalena, cuando ve a Cristo, rompe el rico vaso de alabastro que le diera uno de sus siete amantes y derrama las especias aromáticas sobre sus pies polvorientos y cansados, y por ese solo momento estará sentada para siempre con Ruth y Beatriz en las frondas de la nivea Rosa del Paraíso”. Se refiere a un pasaje del *Paradiso* de Dante. Lo de que el vaso se le diera uno de los amantes de Magdalena es una invención de Wilde.

La presencia del mal en el arte, especialmente en literatura, daría para muchos volúmenes, porque el juego entre el bien y el mal está presente en la mayoría de las tragedias y de los dramas. También en la literatura y en el cine populares. Siempre hay un "malo", un "villano", sin el que la acción dramática apenas puede alzar el vuelo. Entre otros muchos, Lex Luthor, en *Superman*. Pero no se trata aquí de eso sino de la literatura en la que hay una especial incidencia en la representación del mal, a veces con fines de apología y a veces de mostrar, por contraste, el valor del bien. Algo se dice también de la pintura, el cine y la música.

Aparecerá esa atracción humana hacia lo oculto, lo esotérico, la magia y lo demoníaco. En parte se debe a la subyugación por lo extraordinario, lo inexplicable, en contra de la fácil receta del racionalismo. Es también cuestión de actitudes. Para algunas personas solo la Ciencia, con mayúscula, puede dar cuenta de la realidad. Para otras, además de las ciencias está el asombro ante la magnitud de lo que queda por explicar. Porque, quizá, la realidad no termina en aristas rígidas y bien delineadas, sino que tiene flecos...

Escribo esto en unos tiempos en los que no pocos actos malos en sí mismos (sea lo que sea de la culpabilidad de sus autores) parecen normales, extendidos, casi lo cotidiano; tiempos en los que condenar esos actos se juzga como un ejercicio anacrónico de moralismo. Unos tiempos en los que parece dominar lo que Hanna Arendt, en otro contexto, llamó "la banalidad del mal", consecuencia de la ausencia de pensamiento. Esta ausencia de pensamiento, de diálogo con la propia conciencia, puede terminar con no tener para nada en cuenta esa conciencia. En ese caso, todo se justifica.

A la vez, en estos tiempos, como en todos, junto a la presencia del mal está la del bien. Mi convencimiento es que, al peso concreto, las acciones individuales, personales, del bien dan más que las del mal, porque si fuera al revés, como el mal destruye, todo se habría venido abajo.

Las ambiguas, extrañas y escalofriantes relaciones de la belleza con el mal no pueden dejar de enmarcarse en el poder de la belleza del bien.

Sin el bien, el mal no tiene atractivo alguno.

Nota.– En el libro hay referencias a obras pictóricas, musicales y cinematográficas. Hoy, gracias a Internet, es posible, mientras se lee, acceder a ellas, para entender mejor lo que se quiere decir al citarlas.

Capítulo primero. El mal

1. Qué es el mal

En la metafísica clásica, la de Aristóteles completada por Tomás de Aquino, uno de los temas básicos son los trascendentales del ser². Lo-que-es, es decir, lo que tiene un acto de ser (*actus essendi*) es, por eso mismo, uno (quien custodia su unidad custodia su ser y quien divide, vence); y es verdadero, es verdaderamente lo que es y no otra cosa; y es bueno, porque a él tiende la voluntad (que solo se mueve en razón de lo que estima bueno, aunque se equivoque); y al ser uno, verdadero y bueno es también bello.

En este panorama no hay sitio para el mal. Si el bien, lo bueno, es "lo que todos quieren", el mal sería "lo que nadie quiere". Si nos limitamos al único mal propiamente dicho, el que perpetran los seres humanos (dejemos, por ahora a un lado, a Satán), es claro que, salvo casos de enfermedades mentales y de movimientos impulsivos, el mal es realizado porque se lo considera un bien subjetivo, bien para el que lo realiza.

Eso es así aunque quizá en conciencia, por influencia de las comunes apreciaciones de la opinión pública, se sepa que llevar a cabo ese mal (aunque entendido como un bien "para mí") está mal. En el mal que se realiza hay casi siempre una conciencia simultánea del bien "objetivo" que deja de hacerse y del bien "subjetivo" que se procura.

Sócrates, divulgado por Platón, tenía una teoría a la vez simple y compleja. Como el bien es lo que todos desean, quienes hacen el mal lo hacen por ignorancia; si supieran de verdad, si se alzaran hasta el hiperuránico mundo de las ideas³, donde reina la Idea de Bien, no habría maldad en sus vidas³. Pero esta teoría choca con la realidad continua de que con mucha frecuencia se hace el mal a sabiendas. (Aun-

2 Véase, entre otras muchas referencias posibles, el *De veritate*, de santo Tomás de Aquino, especialmente las cuestiones 1 y 21.

3 La enseñanza es puramente socrática como lo recoge Jenofonte (*Memorables*, III, 9, 4) y Platón continuamente (*Menón*, 78^a, *Gorgias*, 468c, etc.)

que Sócrates rebatiría: pero no a sabiendas de lo que es el verdadero bien).

De hecho, desde mucho antes, quizá desde el siglo VIII a.C. en adelante existían: la doctrina de Zoroastro, un gnosticismo pagano y otras creencias sincréticas que encontraron una nueva difusión en el persa Manes, en el siglo II. Todas estas doctrinas afirmaban el dualismo entre materia y espíritu, que se hacía corresponder con dos principios eternos y rivales, el Bien y el Mal, el reino de la Luz y el de las Tinieblas. Había que procurar, con medios ascéticos, librarse de lo malo, pero, en algunas de las sectas, si se daba el pecado no se consideraba culpa, porque el mal habría obrado por su cuenta. Un cierto eco de todo esto es el famoso verso de Ovidio: "Video meliora, proboque, deteriora sequor", veo lo mejor, y lo pruebo, pero sigo a lo peor"⁴. O, con un matiz importante, el de san Pablo: "No hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco"⁵.

Para las creencias dualistas la existencia del mal no es problema alguno: es uno de los grandes principios "cósmicos". San Agustín, que fue maniqueo durante años, escribió luego contra eso. En uno de los libros, *Sobre la naturaleza del bien*, afirma: "Todas las cosas son tanto mejores cuanto son más moderadas, hermosas y ordenadas, y tanto menos bien tienen en cuanto son menos moderadas, hermosas y ordenadas. Estas tres cosas, —el modo, la forma y el orden, y callo otros innumerables bienes que se reducen a estos— son como bienes generales, que se encuentran en todos los seres creados por Dios, lo mismo en los espirituales que en los corporales"⁶.

Esto sentado, continúa: "Por eso, antes de preguntar de dónde procede el mal, hay que investigar cuál es su natu-

4 *Metamorfosis*, VII, v. 20.21.

5 El pasaje, justamente famoso (Romanos 7, 19-25), es una de las mejores descripciones de esa combinación en el ser humano de bien y mal: "Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado".

6 Cap. III.

raleza. Y el mal no es otra cosa que la corrupción del modo, de la belleza y del orden naturales. La naturaleza mala es, pues, aquella que está corrompida, porque la que no está corrompida es buena. *Pero, aun así corrompida, es buena en cuanto es naturaleza; en cuanto que está corrompida, es mala*". El matiz que he señalado en cursiva resulta esencial a la hora de pensar sobre la belleza y el mal.

Esta corrupción es un desorden que se introduce en lo que es bueno y está destinado al bien, haciéndolo menos bueno y, por tanto, en cierto modo, menos "ser". Pero el mal no es algo que no exista, sino que "existe mal". Este existir mal, se ha dicho, es una privación, algo que le falta, y así lo entendió Tomás de Aquino: "El bien se dice por su orden al fin [bien es lo que todos quieren alcanzar, su fin]. Como el mal es privación del bien, el mal puede producirse de dos modos: uno, según la misma relación al fin; otro, según la aptitud para conducir a él. Y así el pecado se engendra por una doble causa: o porque el acto no es proporcionado al fin, como ocurre con las acciones que son malas en sí mismas [como el homicidio]; o porque el agente lo refiere desordenadamente al fin, como es patente en las acciones que se tornan malas por la intención, aunque lo que se haga sea en sí mismo bueno [alabar a alguien para engañarlo]"⁸.

Jacques Maritain, escribe⁹: "El mal existe realmente como una herida o una mutilación del ser; el mal está realmente allí, cada vez que una cosa – que en la medida en que es y en que tiene el ser es buena – es privada de algún ser o de algún bien que debería tener. De ese modo, el mal existe en el bien; de otro modo, el sujeto o portador del mal es bueno en cuanto tiene el ser en él".

Se puede decir de otra manera: el mal siempre necesita aprovecharse del bien.

7 Cap. IV.

8 *In IV Sententiarum*, d. 16, q.3, a. 2.

9 *De Bergson a santo Tomás*, cap. VII (vid. En www.jacquesmaritain.com)

2. Mal físico y mal moral

No cuesta trabajo alguno asignar los trascendentales citados a un ser de naturaleza no humana, por ejemplo, a este roble, pero también a este minúsculo escarabajo. Árbol e insecto son unos, verdaderos, buenos y bellos. Por eso, y de forma clara, no hay ningún mal moral en ellos porque no pueden elegir. El mal que les puede sobrevenir –la enfermedad o la muerte– depende del juego de las leyes que rigen lo natural, por ejemplo, la cadena trófica. Puede parecer mal que esa bella mariposa sea engullida, en un cruce de vuelos, por un pájaro, pero el pájaro tiene que comer y ese es su bien. Por mucho que nos apene a algunos ver a la gacela alcanzada y devorada por la leona, detrás de esta están los cachorros, a los que se les abre la boca de hambre. Tienen que comer los leones si no queremos (y nadie parece quererlo) que se extingan.

Los males físicos –también en el cuerpo humano, como las enfermedades y muchos de los accidentes– son males en sentido metafísico, en cuanto privación de un bien, pero no son males culpables, no son males morales, voluntarios, libres, salvo, si acaso, cuando una costumbre adictiva es la causa principal (pero no única) del mal, como en la paradigmática asociación fumar/cáncer de pulmón. Una mala digestión por causa de algún defecto del sistema digestivo no es un mal culpable; una mala digestión a causa de un voluntario exceso en la comida (gula) es cosa muy distinta.

El mal del que se habla en este libro es el mal moral, que se traduce en faltas, pecados y delitos, cuyas víctimas son siempre, de algún modo, otros individuos. Esos males no “afectan” a Dios, si se le entiende como el Ser por esencia y, por tanto, el Bien por esencia. Pero contradicen la voluntad de Dios, que quiere el bien para todo lo que ha creado, en especial para los que fueron hechos “a su imagen y semejanza”.

Santo Tomás de Aquino trata en diversas ocasiones del mal moral. Un ejemplo entre muchos, que aclara la distinción entre el mal físico y el mal moral: “En las cosas provistas de voluntad, la causa deficiente del mal es distinta de la que se da en las cosas naturales. (...) En las cosas provistas de voluntad, el defecto de la acción procede de la voluntad deficiente en acto, en cuanto que al actuar no se somete a

las reglas. Sin embargo, este defecto no es culpa, sino que la culpa se debe al hecho de que se actúa con tal defecto"¹⁰. En otras palabras, el defecto de la atracción hacia el mal no es de por sí una culpa; la culpa viene cuando se viola la norma que manda hacer el bien.

De paso, para no incidir en una cuestión debatida desde siempre –cómo un Dios bueno puede permitir el mal en el mundo–, dos aclaraciones.

Primera: los males "naturales" (catástrofes, sequías, incendios, terremotos, así como, en cierto modo, las enfermedades) no son, en la mayoría de los casos, culpa de nadie. Las leyes de la Naturaleza, que se cumplían millones de años antes de que existiera el ser humano, llevan a eso. Si se sigue preguntando por qué, solo cabe una explicación teológica, que hace referencia al pecado original, a una caída inicial que, por lo demás, está presente, en forma de los más variados mitos, en las creencias de muchos pueblos primitivos. El mundo creado por Dios, según el *Génesis*, era "bueno", "muy bueno", y el hombre y la mujer situados en el paraíso terrenal iban a gozar de todos los bienes, junto a la perfección de la naturaleza, además de la inmortalidad.

Con el pecado vino la muerte y también la deformación de lo natural, algo que ha continuado a través de los siglos y que forma hoy parte de la extendida "creencia" ecologista. Pero es igualmente cierto que el pecado no corrompe la naturaleza humana, que continúa con su inteligencia y con su capacidad de bien, lo que se traduce en un mejor conocimiento de las leyes naturales y, por tanto, si se quiere, en una mejor prevención y lucha contra las catástrofes.

Segunda: el mal propiamente dicho es el que causa el ser humano, que es libre. Ese mal priva de bien a otros y al que lo hace, porque el mal repercute antes que nada en él, estropeándolo. Por tanto no tiene sentido alguno culpar a Dios de los males que dependen de la libre voluntad de los seres humanos.

Se ha comentado mucho aquello de Theodor Adorno de que escribir un poema después de Auschwitz es un

10 *Suma Teológica*, I, q. 49, 1, ad, 3.

acto de barbarie¹¹. Cómo se podía, glosaron otros, creer en Dios después de aquello. Pero Dios no organizó los campos de exterminio, sino gente muy concreta que, al hacerlo, iba en contra de todas las leyes de Dios y de las justas leyes de los hombres.

Escudarse en Dios para hacer el mal fue el gravísimo error, mal y podredumbre de la Inquisición. Su gente conocía perfectamente el texto de Ezequiel¹²: “En cuanto al malvado, si se aparta de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, vivirá sin duda, no morirá. (...) ¿Acaso me complazco yo en la muerte del pecador y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?”. También es muy clara, en ese sentido, la reconvención de Cristo a Pedro, cuando este saca la espada en el huerto de Getsemaní¹³.

Dios no puede ser excusa para hacer daño a un enemigo y menos aún para cargar contra los inocentes. En las guerras, ninguno de los bandos está legitimado para invocar a Dios en auxilio: no hay “guerras santas”. Dios, en esos casos, se diría que deja de mirar las atrocidades a las que conduce ese espurio uso del libre albedrío que, como todo, debería tender a la verdad y al bien, y eso es la libertad¹⁴.

No se dice que esa conjunción de bien, verdad, belleza y libertad sea fácil, y en este libro se verán muchas muestras de desviaciones, en nombre precisamente de la belleza atraída por el mal. Pero esa conjunción es la que hace posible la limitada felicidad que se puede tener en esta vida.

Lo recordaba Tomás de Aquino: “No hay una acción completamente buena si no concurren todas las bondades, pues cualquier defecto singular causa un mal; en cambio, el bien nace de una causa íntegra, como dice Dionisio en *De divinis Nominibus*, capítulo 4”¹⁵.

11 *Kulturkritik und Gesellschaft, Crítica cultural y sociedad*, 1951. “La crítica cultural se encuentra frente al último escalón de la dialéctica de cultura y barbarie: luego de lo que pasó en el campo de Auschwitz es cosa bárbara escribir un poema, y este hecho corroe incluso el conocimiento que dice por qué se ha hecho hoy imposible escribir poesía”.

12 *Ezequiel*, 18, 21-23.

13 *Mateo*, 26, 52.

14 “Veritas liberabit vos”, *Juan*, 8, 32.

15 *Suma teológica*, I-II, c. 18, a. 4, ad 3.

3. El Maligno

En la primera edición del libro, *La parte del Diablo*, en cuya reedición introdujo alguna que otra ambigüedad, Denis de Rougemont escribió "Es hermoso (el Diablo) a los ojos de los ingenuos que creen que el mal siempre ha de ser feo; y es de una fealdad irresistiblemente atractiva para los desengañados o los refinados"¹⁶. Por mi parte, trataré del Diablo con ocasión de algunas de las obras artísticas que representan el mal, ya que sobre él solo se sabe lo que aparece en los libros sagrados.

Estos son los lugares principales. En el Antiguo Testamento, el muy conocido relato del Génesis sobre el pecado de Adán y Eva. El texto de Isaías (14, 12-14) sobre la caída de Lucifer parece referirse más bien al rey de Babilonia. En cambio Ezequiel parece comparar al ángel caído con la suerte del rey de Tiro: "Hijo de hombre, entona una elegía sobre el rey de Tiro. Le dirás: Así dice el Señor Yahveh: Eras el sello de una obra maestra, lleno de sabiduría, acabado en belleza. En Edén estabas, en el jardín de Dios. Toda suerte de piedras preciosas formaban tu manto: rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónice, jaspe, zafiro, malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjantes que llevabas, aderezados desde el día de tu creación. Querubín protector de alas desplegadas te había hecho yo, estabas en el monte santo de Dios, caminabas entre piedras de fuego. Fuiste perfecto en conducta desde el día de tu creación, hasta el día en que se halló en ti iniquidad. Por la amplitud de tu comercio se ha llenado tu interior de violencia, y has pecado. Y yo te he degradado del monte de Dios, y te he eliminado, querubín protector, de en medio de las piedras de fuego.

Has llegado al final de la muestra, si te ha gustado este libro de Rafael Gómez Pérez puedes adquirirlo pulsando en el siguiente enlace:
<https://bibliotecaonline.net/libreria/Eclipse-de-la-belleza-Est%C3%A9tica-del-bien-y-del-mal-p101006055>

16 *La parte del diablo*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 81.

17 *Ezequiel*, 28, 12-19.